

pensados sus servicios con el baston de mariscales, y á fin de excitar mas la ambicion y vanidad francesas, fundó el rey la orden de San Luis para recompensar el mérito militar superior, combinando la alta distincion honorifica con una crecidísima renta vitalicia.

Habíanse formado cinco ejércitos franceses que eran: el de Flandes á las órdenes del duque de Luxemburgo; el del Mosela á las de Boufflers; el de Alemania mandado por Lorges; el de Italia mandado por Catinat, y el de Cataluña capitaneado por el duque de Noailles. A estos se añadió á la sazón un sexto cuerpo dirigido contra los ingleses y destinado á proteger las costas occidentales de Francia á las órdenes del duque de Orleans.

Al través de estos preparativos gigantescos se veía sin embargo que faltaba la energía colosal y la asombrosa direccion práctica de Louvois.

Quiso hacer Luis XIV con Lieja lo que habia hecho con Mons y Namur cuando Louvois dirigia la nave del Estado; pero las fuerzas destinadas á esta empresa no estuvieron á punto de marcha hasta principios del mes de junio, con lo cual tuvo tiempo Guillermo de ocupar con 16,000 hombres la ciudad amenazada, y tomar posiciones tan ventajosas que Luis XIV no se atrevió á atacarle y regresó al momento á Versalles, corrido de tan vergonzoso resultado de la empresa que habia anunciado con grandísimo aparato y pompa. Con esto quedó radicalmente desengañado de sus pretensiones de gran capitán; y aunque siguió todavía muchos años haciendo la guerra, no salió mas á campaña personalmente.

Sus generales entretanto continuaban cosechando nuevos triunfos. El mariscal De Lorges, en mayo de 1693 tomó por asalto, pero sin ningun trabajo, la plaza de Heidelberg en connivencia con su comandante traidor. La ciudad infortunada fué incendiada y destruida hasta los cimientos, y los restos mortales de sus soberanos, los principes electores del Palatinado, arrancados de sus sepulcros y arrojados al Nekar. Estos horrores conmovieron á toda la Alemania, que no tenia fuerza para tomar venganza. Gran fortuna fué que el perito Luis de Baden llamado de Hungría se pusiera entonces á la cabeza de los contingentes del imperio. Al momento cambió el aspecto de las cosas, porque á pesar de los refuerzos que recibieron los franceses de su ejército de Flandes los acorraló y echó al otro lado del Rhin, y eso que los mandaba el príncipe real; con lo cual á lo menos se evitaron en aquella parte mayores desgracias.

En los demás puntos, no tuvieron los aliados sino pérdidas. En Cataluña tomó Noailles la importante plaza de Rosas, y por mar dominaban los audaces corsarios franceses, causando inmenso daño al comercio inglés y holandés á despecho de la evidente superioridad de las escuadras aliadas. En 29 de julio de 1693 atacó el mariscal de Luxemburgo con gran superioridad numérica al mismo Guillermo III en sus posiciones fuertes de Neervinden, y tomando despues de una larga, tenaz y sangrienta lucha las trincheras del ala derecha, obligó al ejército aliado á emprender la retirada. Fué esta batalla la mas sangrienta de toda la guerra, pues causó en ambos campos unas 30,000 bajas. La consecuencia fué que las fortalezas de Huy y Charleroi cayeran en manos del caudillo francés; pero á esto se limitó tambien el efecto de la victoria. Guillermo, falto del rápido golpe de vista tan indispensable á un buen general, concebía y resolvía con lentitud las cosas; pero era maestro en compensar las derrotas con disposiciones y maniobras hábiles, que le resarcian de las pérdidas sufridas. A los 14 dias estuvo otra vez en frente de su contrario á la cabeza de 60,000 hombres.

Catinat tambien obtuvo ventajas, no obstante las contradicciones con que tenia que luchar. Obligó á los aliados á

levantar el sitio de Pignerol y los derrotó en su retirada cerca de Marsaglia en octubre de 1693.

Halagáronse los imperiales de desquitarse de tantos reverses á costa de los turcos; pero mandados por generales ineptos despues de la partida del gran duque Luis de Baden, hubieron de abandonar el sitio de Belgrado con grandes pérdidas, sin contar las burlas de que fueron objeto. Perdióse, pues, la esperanza de hacer la paz con los infieles, cuya arrogancia subió de punto, y llegó hasta el extremo de encerrar en un calabozo al embajador de Holanda, porque se habia encargado de negociar la paz entre el emperador y el sultan.

En esta campaña no fueron ni tan prontas ni tan decisivas como en las anteriores las ventajas alcanzadas por el rey de Francia; pero tambien hay que tener presente que esta vez luchaban contra él mayores fuerzas que antes, y el resultado le fué en definitiva favorable, porque los aliados no habian logrado su propósito, que era humillarle y destruir la preponderancia francesa. Muy al contrario, hasta entonces el balance de cada campaña habia sido invariablemente favorable á la Francia. El Sudeste de la Bélgica, la Saboya, Niza y el Norte de Cataluña habian caido este año en su poder, y en cambio sus enemigos no habian podido quitarle ni una miserable aldea francesa. Las armas francesas estaban victoriosas en todas partes. El mariscal de Luxemburgo habia podido enviar tantos trofeos á Paris con orden de adornar con ellos la catedral de esta capital, que el pueblo le dió el honroso apodo de «tapicero de Nuestra Señora.» Ninguna campaña habia sido tan feliz como esta del año 1693; y sin embargo, entonces sintió Luis XIV la necesidad de hacer la paz!

¡Qué esfuerzo sobre sí mismo no debió costarle el solicitar la paz, contra su costumbre de siempre! En esta ocasion ofreció á sus adversarios sacrificios; no solamente devolver todas las conquistas hechas en la última campaña, sino tambien restituir las fortalezas que tenia ocupadas en el territorio de Tréveris y la de Friburgo á la Alemania, y finalmente renunciar para siempre á sus pretensiones sobre los Países Bajos españoles!

No aceptaron estas condiciones los aliados; y cuando hayamos dirigido una ojeada al estado interior de la Francia, comprenderemos la causa de tan singular humildad de Luis XIV, y de la arrogante y justa confianza de sus enemigos.

CAPITULO III

EL ABATIMIENTO DE LA FRANCIA Y LA PAZ DE RYSWYK

La Francia no era bastante rica para pagar tanta gloria. A pesar de ser el país mas fértil, mas bendecido y mas colmado de dones de toda la Europa, y de tener infinitos recursos, sucumbía por momentos bajo el peso de las exigencias de los cinco años de guerra que su gobierno estaba haciendo á todo el mundo. A la tension sobrehumana y perenne de todas sus fibras, siguió la postracion. Durante los primeros años de esta lucha bastaron para sus necesidades los ingresos ordinarios y 40 millones de libras ó sean 240 millones de pesetas, de entradas extraordinarias; pero desde 1693 se exigió al país una tercera parte mas, ó sean 360 millones de pesetas en el último concepto.

Este sacrificio, por ser continuo, excedía de las fuerzas de la poblacion que á la sazón contaba aproximadamente 18 millones de almas y sobre cuyas clases inferiores pesaba exclusivamente la contribucion anual de 900 millones de pesetas, á pesar de la paralización de su comercio é industria á con-

secuencia de la misma guerra, y á pesar de faltar á la agricultura 450,000 de sus individuos mas robustos, que en los últimos años en lugar del arado y azadon, manejaban el mosquete ó el sable. Era imposible arbitrar semejantes sumas por la vía de la contribucion directa, mucho menos desde que la fuerza productiva de la nacion menguaba progresivamente, por cuya razon el gobierno siguió echando mano del recurso de la creacion y venta de empleos y privilegios, y del sistema de empréstitos. Parecía que el primero de estos recursos se miraba ya, no como una necesidad administrativa, sino como una mera fuente de ingresos. En el mes de mayo de 1691 vendió el gobierno empleos nuevos por 150 millones de pesetas, é inculcable fué el daño que esta medida causó al pueblo y á la produccion con las consiguientes trabas, clasificaciones, limitaciones y exclusiones, con la tiranía del fisco y el desaliento final, porque cada funcionario nuevo procuraba ante todo reintegrarse á costa del público de la suma que le habia costado el cargo y además sacar el beneficio ó renta que habia calculado y que deseaba naturalmente realizar á toda prisa antes de que cambiaran las circunstancias. Además como estos empleados pertenecian evidentemente á la clase pudiente, y resultaban por su misma calidad de empleados exentos de toda contribucion de renta ó de talla, cargaba esta con mas peso sobre sus compatriotas mas pobres. El librar certificados de bautizo, de casamiento y de defuncion, fué objeto de la creacion de otros tantos empleos nuevos y especiales; y la venta de ostras era un privilegio que se compraba. En 1691 se quitó á los gremios por un simple rescripto su antiquísimo derecho de nombrar sus síndicos, y se vendieron estos cargos al mejor postor en beneficio de las arcas del Estado. En enero de 1692 se trasformaron los vendedores de café y de chocolate en funcionarios privilegiados del gobierno, siendo la consecuencia una enorme subida de precios; 24 pesetas costaba una libra de café y 36 una de chocolate. Todas las ejecutorias de nobleza concedidas desde 1.º de enero del año 1601 que no se hallaban inscritas en los libros de la real hacienda, fueron anuladas de una plumada en diciembre de 1692; y como esta medida implicaba un cambio y un despojo terrible en el estado civil y en la hacienda de las víctimas, atendidos los fueros y privilegios de toda clase que entonces iban unidos á estos títulos, la orden no vino á ser mas que una forma nueva de saqueo, un medio de imponer á los perjudicados por aquella infame sorpresa nuevos sacrificios, obligándoles á comprar otra vez sus ejecutorias. En medio de estos golpes, caian sobre las provincias, ciudades y corporaciones contribuciones extraordinarias; al Languedoc tocaron primero dos, luego tres millones de libras ó sean respectivamente doce y diez y ocho millones de pesetas; á la ciudad de Paris 30 millones y pico de pesetas; á la Provenza 4.800,000 pesetas y al clero sucesivamente 24, 48 y 72 millones de pesetas. Los empréstitos menudeaban, variando segun los años, subiendo ora á 106, ora á 60 millones de pesetas, etc. Mas llegó un dia en que todos estos recursos se agotaron y se secaron estas fuentes. No habia ya empleos que vender, y si los habia no encontraban compradores; los empréstitos se hacian difíciles á medida que el crédito público desaparecía; de suerte que á principios del año 1693 la administracion tuvo que proceder á la venta de bienes de la corona, y á una nueva falsificación de moneda. La del 5 por ciento sobre el valor intrínseco del año 1690 no habia tenido malas consecuencias apreciables, á causa de su insignificancia. Esto animó al gobierno á seguir la misma senda, la mas perniciosa para la economía nacional, y publicó en setiembre de 1693 un edicto, mientras las armas francesas se cubrian de gloria en Neerwinden y Marsaglia, ordenando á todos los particulares bajo

severísimas penas la entrega de todo su dinero en oro y plata para cambiárselo por el nuevo del mismo valor nominal, pero de inferior valor intrínseco. Rebajóse esta vez el valor verdadero de la moneda en un 15 por ciento, calculando el gobierno sacar de esta operacion un beneficio proporcional á la primera rebaja de valor, es decir, que pasaria de 300 millones de pesetas; pero si en aquella el público presentó al cambio 350 millones de libras ó sean 2,100 millones de pesetas, esta vez solo se presentaron 1,200 millones de pesetas á pesar de las amenazas y castigos empleados; de modo que el beneficio para el rey quedó reducido de 300 á solo 180 millones de pesetas, porque el resto se habia ocultado para mejores tiempos. Esta rebaja de la ley del metal fino produjo una profundísima desorganizacion en todos los ramos de la actividad y en todas las manifestaciones de la vida nacional, pues que las monedas nuevas exigian por su menor valor una subida proporcional en todos aquellos precios que podian fijarse libremente, pero no en aquellos otros que no podian variarse como los estipulados anteriormente en rentas, arriendos, préstamos, nóminas de empleados, etc. De aquí resultaron grandísimas mermas en los ingresos de los interesados; y para mayor desgracia estas confusiones y oscilaciones dieron lugar á especulaciones y manejos de gente astuta, que hizo su agosto sin ventaja para la riqueza nacional.

Pero ni todos estos recursos y arbitrios de mala índole añadidos á los ingresos ordinarios bastaron para hacer frente á los gastos. Los contratistas del gobierno tuvieron que contentarse con promesas de pago para mas adelante, siendo la consecuencia que empeoró la calidad de las provisiones destinadas al ejército y á la marina, y que se exigieron precios mas elevados, todo lo cual redundó en mayores cargas, gastos y perjuicios para el gobierno. Hasta la tropa quedó á menudo meses enteros sin recibir sus pagas, lo cual produjo un relajamiento en la disciplina y una disminucion muy notable en su entusiasmo y arrojo, que se fueron notando mas y mas de un año á otro. Por supuesto, las construcciones mandadas ejecutar por el rey se suspendieron; los industriales y artistas quedaron sin encargos; las diversiones de la corte se interrumpieron y hasta se redujo la mesa real con gran descontento de la gente cortesana. El pago de las pensiones de gracia del bolsillo particular del rey quedó en suspenso, y lo peor fué que se suspendieron tambien las pagas de los empleados. En una palabra, toda la máquina administrativa amenazaba ruina. El parlamento, hasta entonces tan sumiso, empezó á murmurar y no quiso registrar nuevos edictos de hacienda, y en las provincias hubo aquí y allí amagos de motines que fué preciso sofocar con las armas. Los montañeses protestantes en el extremo Sudeste del reino estaban levantados en armas y apoyados por los católicos, desde el año 1689, y á duras penas pudieron ser dominados á fuerza de ejecuciones en masa.

La miseria se apoderó de todo el país. Los elevados aranceles de introduccion y de exportacion ejercian la influencia mas lamentable sobre la industria y la agricultura. El trigo y el vino que la Francia producía en tan grandes cantidades tuvieron que quedar y consumirse en el país, porque los crecidos impuestos los hacian demasiado caros para encontrar salida en los mercados extranjeros. Los operarios dedicados á industrias de lujo emigraron, porque durante las guerras se les habia doblado la contribucion, y los cultivadores del suelo redujeron su produccion al consumo propio, porque no encontraban salida para todos sus productos, y aun vendiéndolos, veían pasar el fruto de su trabajo á manos de los cobradores de contribucion que además los molestaban y vejaban de mil maneras. La ganadería y la

viticultura eran las que mas iban menguando; habia trechos en las comarcas feraces y hermosas del centro y Mediodía, en que no se veía una vid en el espacio de 5 á 6 leguas. La consecuencia fué la escasez y carestía de toda clase de comestibles, que empezaron á notarse ya en 1691 á pesar de haber sido las últimas cosechas cuando menos regulares. Era, sin embargo, todo esto solo el preludio de lo que vino despues.

El verano de 1692 habia sido mas húmedo y frío que de costumbre; la cosecha resultó mala y la guerra impedía la importacion. El hambre empezó á mostrar su horrible faz. Bandas de gente del campo se presentaban mendigando y en actitud amenazadora á las puertas de las ciudades; los intendentes del gobierno hicieron ahorcar algunos individuos en las afueras para aterrorizar á los demás; pero éstos decian que preferían morir ahorcados á morir de hambre. En Paris atacó el pueblo á los vendedores y empleados de los mercados, y aun se mezclaron con él soldados. En Laon, ciudad pequeña, habia 1,200 pobres que solo se mantenían de la caridad pública. ¿Qué lenitivo eran para tanta miseria las limosnas que daban el rey y algunos obispos de corazon noble? Eran gotas de agua que caian sobre una piedra candente.

A medida que la miseria crecia, disminuían los ingresos del tesoro. El tributo de la talla que antes daba 50 millones en moneda buena (300 millones de pesetas), bajó á 36 millones en moneda de menor ley, mientras la manutencion del ejército y de la escuadra subió á una cantidad doble y hasta á dos terceras partes mas de la que costaba antes, y el tesoro tenia indispensablemente que cubrir esta atencion de cualquier modo que fuese.

Cifrabá el gobierno alguna esperanza en que la cosecha siguiente sería mas abundante y disminuiría la miseria; pero vino el verano de 1693 y la cosecha resultó aun peor. A fines de agosto llegaba el precio del trigo al triple del que tenia antes, es decir, á 34 libras el septier (1). Circulaban voces horribles de padres que mataban á sus hijos porque no podían darles pan, y de otros individuos que, locos de hambre, comían los cadáveres. El gobierno acudió en vano al expediente, entonces muy usado, de tasar á precios bajos los cereales, la harina y el pan, creyendo así impedir que los acopiadores de estos artículos se valieran del hambre para enriquecerse; pero solo logró que las provisiones se ocultaran y que el pueblo se exaltara mas oponiéndose en muchas provincias á la extraccion y al menor transporte de comestibles. El resultado fué que los mercados no estaban provistos y que los labradores y traficantes ocultaban sus existencias para no vérselas arrebatar á viva fuerza ó encontrarse obligados á venderlas á precios demasiado bajos. La mayor parte de los panaderos cesaron de trabajar amenazados como estaban por el gobierno con medidas tiránicas y por el pueblo con saqueo y palos. La desesperacion y el desórden reinaban en casi todo el país, sin que el gobierno encontrara medio de mejorar la situacion ni con el rigor ni con la bondad. En una carta anónima, que se atribuye á Fenelon, y dirigida á Luis XIV se le dice: «Los pueblos á quienes V. M. debiera amar como á hijos, mueren de hambre. Ya casi no se cultivan los campos; ciudades y aldeas están desiertas; las industrias todas están decaídas y no pueden mantener á sus operarios. El comercio está enteramente aniquilado. Francia no es mas que un vasto hospital desconsolador y sin pan. El pueblo que antes amaba tanto á V. M. pierde el amor que le profesaba y con él la confianza y hasta el res-

(1) 137 pesetas el hectólitro; pero entonces valían 137 pesetas lo que hoy 400.

peto que antes le tenia.» La Maintenon se expresa en el mismo sentido, bien que con mas moderacion. En agosto de 1693 escribió: «Estoy cansada de guerra, y daría todo por la paz.» El ministro Ponchartrain, que habia realizado hasta entonces imposibles en el ramo de la hacienda, dijo al rey claramente que sus negocios iban muy mal, y que la verdadera gloria de un monarca consistía en hacer felices á sus súbditos mas que en añadir una fortaleza á las que ya tenia.

En Paris fueron sometidas muchas personas á la tortura y otras encerradas en la Bastilla por los libelos violentos y escritos satíricos dirigidos contra el rey y publicados casi á la luz del dia.

Las necesidades del ejército para la campaña de 1694 solo pudieron cubrirse á duras penas con nuevos y onerosísimos empréstitos, y en parte con sacrificios particulares de generales y oficiales; pero aun así, en la tropa mal pagada se multiplicaron los motines y los robos. Con semejante ejército era imposible tomar la ofensiva, y en todas partes iba paralizándose el empuje de las armas francesas, excepto en Cataluña, donde el mariscal Noailles teniendo en frente la España tan pobre, decaída y desorganizada, pudo presentarse con alguna energía sacrificando su propia hacienda. Gracias á este desprendimiento derrotó al pequeño ejército que tenia delante y pudo tomar algunas plazas fuertes. Catinat en el Piamonte y el príncipe heredero en el Rhin no salieron de la defensiva. Los centenares de fortalezas que era preciso guarnecer absorbieron una tercera parte del total de las fuerzas, y razon tuvo Vauban cuando en tiempo hábil criticó su número excesivo. En Flandes, el mas perito de los generales franceses, el duque de Luxemburgo, que tenia á sus órdenes la flor y nata del ejército francés, no pudo hacer mas que impedir que Guillermo III invadiera la misma Francia, dejando que recobrará Huy, una de las dos plazas que habia perdido en la campaña anterior. No por esto quedó del todo libre la Francia del azote de la guerra. Ya no era invulnerable como antes, cuando llevaba la muerte, el incendio y la desolacion á los países vecinos. Las escuadras enemigas unidas, á las cuales no habia ya escuadra francesa que oponer, bombardearon á Dieppe, la redujeron á cenizas, y luego hicieron poco menos con la ciudad del Havre. Otras expediciones análogas contra Dunquerque y Calais no tuvieron éxito.

Esta campaña de todos modos señaló el cambio de la fortuna de la guerra. En otoño del mismo año de 1694 ya ya no se ocultó á Luis XIV ni á sus adversarios que la Francia empezaba á abatirse y que no podría á la larga resistir suficientemente á sus enemigos, mas poderosos ya que ella. Mucho habia ya perdido el monarca francés, á pesar de las grandes apariencias en contra. Habia desaparecido toda su influencia en Alemania. En Italia, donde antes parecia dueño absoluto hasta la frontera de Nápoles, á la sazón mandaban en todo el centro y Norte de la península los generales austriacos, al paso que los diferentes principados y repúblicas no parecían sino otras tantas dependencias de la casa de Austria. En Inglaterra ya nada era Jacobo, el amigo de Luis, y en cambio reinaba allí su enemigo mortal Guillermo III. Era evidente que hasta para un rey Sol no era cosa baladí la enemistad de toda la Europa.

Suele decirse que la guerra es fatal para la libertad del pueblo que la hace, pero sería mas justo decir que la guerra fortifica el poder mas fuerte del país que guerrea.

Así sucedió en Inglaterra, donde la cámara de los comunes salió gananciosa de tan prolongada lucha, atendido que Guillermo para obtener el auxilio de la representacion del pueblo inglés, tuvo que renunciar á su idea y á sus tentativas de colocar el trono por encima de los partidos y separarlo

del parlamento. A principios del año 1694 ya se habia visto precisado á despedir á sus últimos ministros, de opiniones conservadoras ó tories, para formar el gobierno exclusivamente con individuos del partido whig, entonces dominante en la cámara de los comunes; y al fin del mismo año hubo de aceptar, despues de una prolongada resistencia, la llamada *ley trienal*, segun la cual el parlamento debía renovarse cada tres años independientemente de la voluntad del rey. Desde entonces ha sido puramente nominal la participacion del soberano de Inglaterra en la legislacion del país; ni ningun rey se ha negado á sancionar las leyes votadas por las dos cámaras usando la antiquísima fórmula: «el rey resolverá», que quedó para siempre arrinconada. La docilidad de Guillermo encontró su recompensa, porque el parlamento votó en seguida para el ejército y la marina 5 millones de libras esterlinas, en nuestra moneda equivalentes á 125 millones de pesetas.

Semejante esfuerzo de Inglaterra exigía de Luis XIV un sacrificio análogo que tenia que sacar de su pueblo esquilinado; y para realizarlo publicó una nueva capitacion ó talla dividida en 22 clases, que comprendían á todos los habitantes, sin exceptuar ni á la nobleza, ni al clero ni á los príncipes reales; 2,000 libras (12,000 pesetas) era el tipo máximo y 6 pesetas el mínimo. Además impuso al clero, como corporacion, un nuevo tributo ó donativo de 60 millones de pesetas. A esto se agregaron en segundo término las ventas de bienes y de privilegios de la corona, y con todo no hubo bastante y fué menester reducir los gastos de la guerra. Ya no se pensó en tener una escuadra; los marineros y tropa de marina pasaron á tierra para encargarse de la defensa de las costas contra cualquier ataque eventual de parte de los aliados, y se dió órden á los diferentes ejércitos de limitarse á la defensiva, con lo cual fueron inevitables nuevas pérdidas, tanto mas, cuanto que entonces el país perdió cabalmente á su mejor general, al vencedor de Fleurus, Steenkerken y Neerwinden. Luxemburgo murió en los primeros dias del año 1695. No hubo quien le reemplazara, y era patente que la Francia estaba exhausta material é intelectualmente. En Cataluña hasta voló el ejército varias fortificaciones por no poder conservarlas.

El sacrificio mas sensible para el orgullo de Luis XIV fué el que tuvo que hacer en Italia, donde de ningun modo renunciaba á recuperar su influencia y destruir el dominio austro-hispano en la península. Para esto era indispensable atraerse á la guarda de los Alpes, al aliado de la coalicion, al duque de Saboya, que astuto como era, le habia hecho ver repetidas veces la perspectiva de su separacion de la coalicion, si la Francia evacuara á Casale, su gran plaza de armas en Italia. Segun decia Víctor Amadeo, no queria que su país el Piamonte fuese por dos lados opuestos vecino de la Francia; y quiso persuadir á Luis XIV de que estaba en el interés de ambos no dejar caer aquella plaza en manos de los austriacos, valiendo mas restituirla á su legítimo dueño el duque de Mantua. Para mayor disimulo y á fin de engañar mas á los de la coalicion respecto de este pacto, aconsejó que se le dejara simular un sitio y se hiciera luego la rendicion prometiendo arrasar las fortificaciones y entregar despues la plaza al duque de Mantua. Luis accedió con la esperanza de tener á Víctor Amadeo por aliado; se hizo la farsa, y despues del sitio simulado por el duque de Saboya, que no dejó de costar la vida á centenares de infelices soldados, se hizo lo que se habia convenido, y la plaza cuya adquisicion habia costado tantos años de intrigas y sumas enormes, que habia sido celebrada en Francia con mas fanática alegría que la capitulacion de Estrasburgo, se escapó de esta manera de su poder. Lo peor para Luis XIV fué que

este acto tan humillante y doloroso resultó completamente inútil, porque cuando Víctor Amadeo lo hubo logrado, pidió para sí la devolucion de la plaza de Pignerol.

A este nuevo sacrificio no pudo resolverse Luis XIV. Con Casale habia dado una cosa que él habia conquistado; pero Pignerol le habia sido trasmitida por Richelieu, y restituir hasta adquisiciones de sus predecesores era para el rey una humillacion por demás horrible. Sin embargo no habia otro remedio, porque sus contrarios eran demasiado fuertes para él. El mariscal Villeroy que mandaba el numerosísimo ejército francés en Flandes era un protegido de la corte y una demostracion palpable de que Luis XIV envejeciendo perdía su antiguo don de soberano, el del acierto en la eleccion de sus instrumentos, porque este Villeroy no era apto para reemplazar al mariscal de Luxemburgo. Se dejó engañar por las maniobras hábiles de Guillermo, que fingiendo querer atacar las plazas de Flandes ocupadas por los franceses, desapareció de repente para reaparecer con su ejército delante de Namur. Esta era la conquista mas importante de los franceses en la última campaña; Vauban la habia hecho tan inexpugnable como le permitieron todo su talento y saber, y efectivamente en la opinion general era la plaza mas fuerte de Europa. Boufflers, general valiente y sagaz, habia tenido tiempo de entrar en la plaza con 16,000 hombres de las mejores tropas francesas, y Guillermo temía ver llegar á cada momento delante de su campamento á Villeroy, mas por fortuna suya dejóse este engañar por nuevas maniobras de Vaudemont, otro de los generales aliados, y entre tanto el gran ingeniero holandés Coehorn, competidor y rival de Vauban, aprovechó todos los momentos para activar las operaciones de sitio. Guillermo por su parte no escaseó, segun costumbre, la sangre de sus soldados, y holandeses, ingleses, bávaros y brandeburgueses pelearon como leones á su vista rivalizando en valor. A las tres semanas habianse apoderado de la línea exterior y á principios de agosto se apoderaron tambien del camino cubierto interior; Boufflers conoció entonces que era tiempo de abandonar la ciudad y encerrarse en la ciudadela, y así lo hizo.

Villeroy, no creyéndose bastante fuerte para hacer levantar al enemigo el sitio, trató de castigar á los aliados por los daños que con sus escuadras habian causado á diferentes plazas marítimas francesas, é hizo una diversion sobre Bruselas á la cual bombardeó causándole un daño que se calculó en 25 millones de libras ó sean 125 millones de pesetas, porque redujo á cenizas 1,500 casas con las riquezas innumerables que contenian. Tan gran desgracia no hizo cejar á Guillermo en el sitio y Boufflers perdió la esperanza de verse socorrido. En uno de los asaltos, en el cual se distinguieron los brandeburgueses por su habilidad y arrojo, cayeron en manos de los sitiadores las obras exteriores de la ciudadela, y solo entonces capituló Boufflers, entregando la plaza en 1.º de setiembre de 1695 y obteniendo libre retirada con sus tropas mermadas hasta el número de 5,000 hombres.

La impresion que causó en Francia y en los demás países la toma de Namur fué colosal, tanto mas cuanto que esta plaza era la conquista predilecta de Luis XIV, que le habia servido de motivo para hacer públicamente befa de aquel adversario, que acababa de recuperarla sin que los franceses se hubiesen atrevido á arriesgar una batalla para socorrerla. La causa que defendía Guillermo triunfaba sobre la política personal del rey de Francia; por eso el dolor que esta capitulacion causó en Francia fué tan punzante y acerbo, y tan grande el júbilo que produjo en los países coligados.

Para Guillermo no pudo ser mas oportuna esta victoria. Al fallecimiento de su esposa Maria, ocurrido en los primeros dias del año 1695, habiase renovado con gran violencia